

Potosí; Enero 25 de 1847.—*Antonio López de Santa Anna*.—Exmo. Señor Gobernador del Estado.

El General Santa-Anna garantizó en forma con sus bienes particulares el valor de las noventa y ocho barras de plata que tomó para la marcha del ejército al encuentro del enemigo extranjero, pero al volver á San Luis, después de la batalla de Angostura, se le presentaron los dueños de dichas barras, españoles y mexicanos, manifestándole que en obsequio de la Nación, cedían á ella el valor de esa plata, relevándole á él del compromiso que había contraído, á cuyo fin procedían desde luego á cancelar la escritura respectiva.

El General Santa-Anna les dió las gracias en nombre de él y de la Nación, y tuvo con ellos una escena verdaderamente tierna y conmovedora.



CAPITULO 18º

SUMARIO.

Proclama de Santa-Anna al Ejército del Norte.—Sale de San Luis el ejército á batir á los invasores.—Las bandas militares lo despiden de los habitantes de la ciudad con el popular *Adios*.—Profundas impresiones de tristezas y ternura, entre las clases sociales y los militares.—La ciudad convertida en lúgubre desierto.—Gran nevada.—Estragos que hizo en el ejército.—Los americanos incendian la Hacienda de Aguanueva.—Se detienen en Angostura donde esperan á nuestras tropas.—Se avistan los ejércitos enemigos.—Inquietud en San Luis.—Actos religiosos.—Batalla del día 22.—Empieza el Detall rendido por el General en jefe.—Primera parte.

Antes de salir á la campaña las primeras brigadas, se dió lectura en todos los cuarteles, al pasar la lista de doce, á la siguiente proclama, la que en seguida se circuló con profusión en toda la ciudad y Villas suburbanas.

EL GENERAL EN JEFE del Ejército de operaciones del Norte, á sus subordinados.

COMPAÑEROS DE ARMAS! Las operaciones del enemigo exigen movernos precipitadamente sobre

su linea principal, y lo vamos á ejecutar. La independencia, el honor, y los destinos de la Nacion dependen en estos momentos de vuestra decision.

¡Soldados! El mundo entero nos observa, y preciso es, que nuestros hechos sean tan heroicos como sean necesarios. Privaciones de todo género nos esperan por el abandono en que nos ha tenido mas de un mes, quien debiera cuidar de vuestro prest y alimentos; ¿pero cuando la miseria ha debilitado vuestro espíritu, ni vuestro entusiasmo? El soldado mexicano es bien conocido por su frugalidad y por su sufrimiento, nunca ha necesitado almacenes para transitar por desiertos, y siempre ha contado con los recursos del enemigo, para aprovecharse de ellos. Hoy emprendemos la marcha por un despoblado, sin socorros y sin víveres, pero estad seguros, que muy pronto seremos dueños de los del enemigo, y de sus caudales, y con ellos os remediareis suficientemente.

¡Mis amigos! Vamos á abrir la campaña. ¡Cuántos dias de gloria nos esperan! ¡Que porvenir tan lisongero para nuestra pátria! Qué satisfaccion cuando contempleis, que salvasteis la independencia, que el mundo os admira, y que os bendice la Nacion! ¡Ah! Cuando en el seno de vuestras familias relateis los riesgos y fatigas que hayais sufrido; los combates, y triunfos con un enemigo osado y presuntuoso, y en fin, anunciéis á vuestros hijos, que les disteis pátria por segunda vez, vuestro júbilo será completo y nada os parecerán entonces estos sacrificios.



GENERAL DON ANTONIO LOPEZ
DE SANTA ANNA.
EN LOS DIAS DE LA BATALLA
DE ANGOSTURA.

¡Soldados! Tened fé en los destinos de la pátria: la causa que sostenemos es santa: jamás hemos luchado con más justicia, porque defendemos la tierra de nuestros padres y nuestro porvenir, el honor y la Religion, á nuestras mugeres y á nuestros hijos. Qué sacrificio será bastante por objetos tan caros? Sea, pues, nuestra divisa VENCER, O MORIR: juremos ante el Eterno no descansar un instante hasta espurgar de nuestro suelo al extranjero osado que lo profana con su presencia: nada de transaccion: nada que no sea heroico y grande.

Cuartel general en San Luis Potosí, Enero 27 de 1847.—*Antonio López de Santa-Anna.*

∴

El día 14 de Enero empezaron á salir de San Luis las brigadas de caballería; la del General Don José Vicente Miñón se situó en la Hacienda del Potosí; la del General Andrade en el Cedral; la del General Juvera en el Venado y la del General Torrejón en la Hacienda de Bocas. El día 28 emprendió la marcha toda la artillería con sus trenes y material de guerra, el batallón de zapadores y la compañía de San Patricio; del 29 al 1º de Febrero salieron las brigadas de infantería y el día 2 el General en jefe D. Antonio López de Santa-Anna con todo su estado mayor.

En ese tiempo se usaba mucho una canción popular que se llamaba ¡Adios! puesta en tono menor.

Todas las músicas militares y de cuerda tocaban la sonata en los casos oportunos, los cuerpos del ejército, cuando salían de una población para otra se despedían de la que dejaban tocando las bandas el ¡Adios! en la última serenata que daban, y al salir de la ciudad hasta pasar las últimas casas; y si en todas ocasiones esa tierna despedida hacía brotar lágrimas de los ojos de las familias, de las novias y de los amigos que dejaban los militares, los días que las brigadas del Ejército del Norte salieron de San Luis echando sus músicas al aire las tristes notas del popular ¡Adios! se vieron en nuestra ciudad, escenas que impresionaban al más indiferente. Muchos de los Generales, Jefes y oficiales habían hecho venir sus familias á San Luis, de los distintos puntos de la República donde tenían su residencia; algunas siguieron á sus jefes á la campaña, y otras quedaron en San Luis en espera del regreso del Ejército. Todas esas familias, en su larga permanencia en San Luis, habían adquirido relaciones de amistad, y los oficiales solteros, en los que había un buen número de jóvenes bien educados y de buenas familias, habían cultivado relaciones en nuestra sociedad y como era natural habían conquistado algunos corazones. Todos esos afectos, agregados á la simpatía que en general inspiraban los valientes soldados que en medio de toda clase de privaciones iban á derramar su sangre en defensa de la patria, villanamente ultrajada por un enemigo extranjero desleal y traidor, hacían que las despedidas en el hogar, en el seno de la amistad y sobre la marcha al son del ¡Adios! de las músicas militares, produje-

ran aquellas escenas que con lágrimas en los ojos recuerdan todavía los veteranos de aquel ejército, y los ancianos de San Luis.

Conforme iban saliendo las brigadas, las familias y el pueblo se aglomeraban en balcones, ventanas y boca-calles á dar su último adiós, como prueba de cariño y gratitud, á aquellos sufridos soldados que no llevaban más expectativa que la miseria y la muerte.

Después del 2 de Febrero la ciudad se convirtió en lúgubre cementerio. Habían salido de su recinto diez y ocho mil hombres, de nueve á diez mil mugeres y más de doscientas familias de jefes y oficiales. La trizteza reinaba en la población, no había bailes ni diversiones de ningún género; todo el mundo estaba pendiente de que llegaran las primeras noticias de la campaña.

Se tenía por seguro que si nuestro ejército triunfaba, una parte de él marcharía á Tampico á desalojar al enemigo que se había ya apoderado de aquel puerto, y la otra perseguiría al invasor hasta arrojarlo al otro lado del Bravo; pero si por desgracia era derrotado se replegaría á San Luis cuya plaza no tardaría en ser atacada por el enemigo.

Las familias acomodadas se preparaban á emigrar en este último caso, y el Gobierno del Estado continuaba las obras de defensa y organizaba á gran prisa la guardia nacional.

*
**

Los elementos naturales fueron los primeros enemigos con que nuestro ejército tropezó. Desde el segundo día de la salida de las últimas brigadas empezó á llover y á soplar un fuerte viento del Norte. Los soldados marchaban sobre un fango helado, mojados de piés á cabeza. El día 5 cambió el tiempo, salió el sol resplandeciente, pero entonces el calor era tan fuerte que nuestros soldados caían desfallecidos sin poder mitigar la sed que los devoraba, y sin encontrar una pequeña sombra en aquellos inmensos desiertos donde sólo hay algunas palmas á largas distancias y la yerba nombrada "Gobernadora." El día 10 volvió á soplar el Norte con más intensidad, se desató un fuerte aguacero y en la noche empezaron á caer abundantes copos de nieve. El día 11 el frío producía en nuestros soldados sensaciones dolorosísimas, la nieve seguía cubriendo los campos, la yerba se convirtió en gruesa y blanquísima alfombra, sobre la que marchaba el ejército con las mayores penalidades. Nuestros soldados hacían supremos esfuerzos por sobreponerse á los rigores del cruel elemento, las partes descubiertas de sus cuerpos dejaban de sentir las, cesaba la circulación de la sangre, y aquellos heróicos militares caían muertos sobre la nieve, dejando tantos huecos en las filas como los que abre la metralla.

Esa terrible nevada llegó hasta la ciudad de San Luis. El periódico "La Época" dió cuenta de ella en su número del día 13 de Febrero, en el siguiente párrafo.

"GRAN NEVADA."

"Así podemos llamar á la que hemos visto aquí el día de ayer, pues se asegura, no haberse visto otra de muchos años atrás. La nieve comenzó á caer en la noche del jueves, y en la mañana de ayer los efectos del meteoro, presentaban un aspecto bellissimo: de las canales de los edificios parece que pendían caprichosas figuras de cristal, y las cornizas y torres, parecían adornadas de blanquísimo alabastro."

El día 13 cesó la nieve y volvió á salir el sol. La marcha continuaba, aumentándose el número de enfermos y de muertos, el ejército, como si hubiera ya librado la primera batalla, había tenido más de 400 bajas entre muertos y enfermos.

Los americanos estaban en Aguanueva, y al saber la aproximación del ejército mexicano abandonaron dicha Hacienda entregándola á las llamas.

Se detuvieron en Angostura donde esperaron á nuestras tropas. El día 22 se avistaron los ejércitos enemigos empeñándose una reñida acción en la tarde y parte de la noche cuyo resultado fué favorable para nuestras armas, que tomaron á viva fuerza una de sus ventajosas posiciones. El resto de la noche se pasó al vivac con el enemigo al frente.

Amaneció el día 23 con un sol esplendoroso, haciendo un tiempo magnífico.

La aurora fué saludada con las marciales dianas de los cuerpos. El General Santa-Anna, á caballo,

daba desde esa hora sus órdenes para atacar al enemigo. La sangrienta y memorable batalla se empeñó.

La ansiedad en San Luis cada día crecía de punto, por las razones que hemos manifestado. Se estaban sabiendo todos los trabajos y penalidades de nuestro ejército en su peligrosa marcha, por informes que diariamente rendía por extraordinario violento, el Prefecto de Catorce, residente en el Cedral. Este empleado dió aviso el día 23 de que el día anterior se encontraron los ejércitos. La noticia circuló por toda la ciudad con rapidez extraordinaria; los templos se llenaron de gente que pedía al Dios de los ejércitos el triunfo de nuestras armas; los sacerdotes ocupaban los púlpitos para dirigir las oraciones de los fieles y las campanas tocaban frecuentes y simultáneas rogativas. El día 24 se celebraron misas en todas las Iglesias, á las que asistieron muchísimas personas de todas las clases, y todas las familias de los militares que aquí residían. Las rogativas en los templos no cesaron en todo el día.

La primera noticia de la batalla de la Angostura se tuvo en San Luis el día 26 por carta particular que dirigió el General en Jefe D. Antonio López de Santa-Anna, al Gobernador del Estado Lic. Don Ramón Adame. Dice así:

"Campo de la Angostura sobre Buenavista, Febrero 23 de 1847.

"Después de dos días de batalla en que el enemigo con una fuerza de ocho á nueve mil hombres y

26 piezas de artillería, perdió 5 de sus posiciones, tres piezas de artillería y dos banderas, he determinado volver á Aguanueva á proveerme de provisiones, pues no nos ha quedado ni una galleta, ni un solo grano de arroz. Valido á las posiciones que ocupó el enemigo, no ha sido completamente derrotado, pero ha dejado tendidos en el campo como dos mil cadáveres. Ambos ejércitos se han hecho pedazos, pero los trofeos de guerra darán á Ud. idea de parte de quien ha estado la ventaja. Hemos luchado con el hambre y la sed por más de cuarenta horas, y si logramos proveernos de recursos, volveremos á la carga. Los soldados de mi mando han cumplido con su deber, han dejado cubierto el honor de las armas mexicanas, y el enemigo ha visto que ni sus posiciones ventajosas, ni la fragosidad del terreno, ni el rigor de la intemperie, pues nos llovió en el momento del combate, impidieron las terribles cargas á la bayoneta, que lo han dejado escarmentado."

Aunque esa noticia no satisfacía los deseos de los potosinos que deseaban la completa destrucción del enemigo exterior, se recibió con gran júbilo y fué solemnizada oficial y particularmente como lo exigía el patriotismo y el orgullo nacional.

Viendo las escaseces que el ejército sufría y que aun los heridos carecían de alimentos, se formó en esta ciudad una junta para colectar donativos en especies, compuesta del Prior de San Agustín, del Comendador de la Merced y de los Señores D. Joaquín H. Soto, y Licenciados D. Ponciano Arriaga

y D. Vicente de Busto. Esta junta reunió en dos días 340 fanegas de maiz, 229 de frijol, 180 @ de arroz y 20 @ de sal, cuyos efectos se remitieron al ejército inmediatamente.

Aunque el detalle de la batalla de Angostura que rindió el Genera Santa-Anna al Gobierno mexicano, es algo extenso, creemos conveniente insertarlo tanto porque en él se consignaron frases honrosas para el Estado de San Luis Potosí, como porque es un documento importante de nuestra historia, que en la actualidad es poco conocido en virtud de que nuestros historiadores contemporáneos no lo insertan íntegro en sus obras. Dicho documento es el siguiente.

“DETALL de las acciones dadas el 22 y 23 de Febrero próximo pasado, en los campos de la Angostura.

—

EJERCITO LIBERTADOR REPUBLICANO.
GENERAL EN JEFE.

Secretaría de Campaña.

Exmo. Sr.—Ofrecí á V. E. en mi parte sobre el campo de batalla de la Angostura fecha 23, que después de efectuado el movimiento que me veía obligado á efectuar en razón de la escasez de todo auxilio, me ocuparía en dar los detalles del combate del 22 y batalla del 23; en cuyas funciones la Na-

ción y el ejército han restablecido el brillo de sus armas, venciendo obstáculos inconcebibles para el que no los haya presenciado, dimanados no solo de las dificultades de la guerra y las de la situación en que nos encontramos, sino derivadas también del rigor de la estación y de lo exhausto del país en una ruta de más de 50 leguas casi desierta, que carece de agua potable, y que no facilita sino muy limitados auxilios.

Por las comunicaciones anteriores á mi salida de San Luis, el supremo gobierno estaba impuesto que el ejército de mi mando no comenzaría sus operaciones, sino hasta que concluyese el invierno, porque conocía por experiencia el rigor de este clima que carece de habitaciones, de víveres, de abrigo y aun de leña: me proponía seguir organizando, instruyendo, armando, vistiendo al ejército; y en una palabra, dar una forma militar á estas fuerzas que acababan de reunirse.

Mis proyectos no pudieron sazonzarse: la escasez de recursos pecuniarios vino á embarazar todas las disposiciones: el soldado que dispuesto á combatir al enemigo no tuvo socorros en un mes, y tal vez le hubieran faltado hasta los alimentos, si no hubiese sido por los esfuerzos de los jefes de los cuerpos, preveía que abrumado de la necesidad abandonase sus filas. Al paso que estas gentes beneméritas sufrían toda clase de penalidades, algunos escritores por ignorancia, por irreflexión por espíritu de partido, se empeñaron en trastornar los proyectos que hubieran sido útiles; así que, dispararon contra el ejército y las personas en particular, los tiros más

envenenados é injustos: se les hacía cargo porque no marchaban al combate, y lo imputaban á falta de decisión, añadiendo que amenazaba más á la libertad que á los enemigos en la posición que ocupaba el ejército en el cuartel general de San Luis. En los clubs de esa capital se trabajaba á la vez con el más ardoroso empeño en obligar á este mismo ejército á que fuera instrumento de una revuelta, cuyos conatos frustré tomando con oportunidad algunas medidas. Hubo escritor que llevó la osadía hasta el extremo de suponerme coludido con el enemigo: ¡á mí que podrán, si gustan, atribuirme errores, pero que todos mis antecedentes no descubren sino el más acendrado patriotismo! Traidores son los que pretenden desvirtuarme, así como al ejército á quien baldonan, para que no puedan utilizarse nuestros esfuerzos en servicio de la patria. Una fatalidad parece que guía los destinos de la nación é impide que se junten todas las voluntades en la defensa común. ¡Ceguedad lamentable, porque cuando los ánimos deben reunirse y marchar todas las voluntades al mismo fin, entonces es cuando se suscita la division y la desconfianza! Vime; pues, por todo precisado á mudar de resolución, y en la segura persuasión de que el ejército sería destruido si continuaba la escasez y que lo sería ignominiosamente, pues ya comenzaba una escandalosa desercion, me resolví á que al menos lo fuese con gloria: no tenía auxilios; para procurarlos comprometí mi fortuna particular, mi crédito y el de mis amigos; todo esto me proporcionó una cantidad de ciento ochenta mil pesos, con los que se pudieron dar do-

ce dias de haber al ejército. Sabía muy bien el país que debía atravesarse, la necesidad que teníamos de llevar provisiones, y sentía de antemano por el soldado el rigor de la estacion; todo se tuvo que despreciar para salvar el honor, y poder hacer un buen servicio á la nacion.

El ejército se movió de San Luis por brigadas, á fin de proporcionar los cortos auxilios que concediera el territorio por donde transitásemos; la fuerza consistía en 13,432 soldados de infantería, divididos en 28 batallones. 4,338 de caballería en 39 escuadrones, y en un tren de artillería de 3 piezas de á 24, 3 de á 16, 5 de á 12, y de á 8 y un obus de á 7 pulgadas, servidas por 413 artilleros: todo lo que formaba un total de 18,183 hombres; de esta fuerza quedó en San Luis, la guarnicion de sus fortificaciones, las que dispuse para las poblaciones del tránsito, dos escuadrones para que escoltasen un corto parque de reserva que era el único que tenía una brigada de infantería compuesta de dos batallones á las órdenes del General Don Ciriaco Vázquez, que quedó de reserva en Matehuala y de observacion para Tula, y una brigada de caballería al mando del General D. José Urrea debía partir del referido Tula para hacer movimiento por Tamaulipas hasta las inmediaciones de Monterrey, y llamar por allí la atención del enemigo: el punto de reunion habia de ser el más inmediato á éste, para que no se juntase mucha tropa en el terreno en que se hacía la marcha, que como he dicho, no permite arbitrios; así que, determiné fuese en la Hacienda de la Encarnacion que suponía ser la penúltima jornada.

Allí pasé revista al ejército, el que por las enfermedades y la desercion había perdido mil hombres; las primeras originadas por la cortedad y mala calidad de los alimentos, particularmente el agua que es salobre y escasa, por las nevadas y el desabrigo de la tropa que tuvo que estar siempre al vivac y careciendo aun de leña; estas nevadas me obligaron á suspender la marcha dos dias, hasta que serenase un poco el tiempo, porque el frio causó la muerte á varios soldados y caballos, y debía de todas maneras tratar de disminuir las pérdidas: tantas penalidades no harán estraño el número de desertores que hubo hasta la Encarnacion, y que se aumentó después, atendiendo también á que el ejército casi en su totalidad acababa de formarse, y como se sabe, colectado de gentes á quienes por la violencia se sacan de sus hogares. Su total consistía para marchar en 14,048 hombres, cuatro mil de ellos de caballería.

Del enemigo sabía por algunos avisos, que estaba fortificado en la hacienda de Aguanueva con seis mil hombres y 30 piezas, resuelto á defender los desfiladeros que se conocen con los nombres de puertos de Carnero y de Agua-nueva. Los americanos no sabían á punto fijo la marcha del ejército, porque aunque vinieron á tirotarse con nuestras avanzadas de la Encarnacion, y con frecuencia hubo pequeñas escaramuzas en los mencionados puestos, suponian que eran exploradores de la primera brigada de caballeria al mando del General D. José V. Miñón, que tenia avanzada hasta la hacienda del

Potosí. Bajo estos conceptos tomé mis disposiciones.

La intención que tenía era interponer las fuerzas de mi mando entre las del enemigo y el Saltillo, para obligarlo á un combate desventajoso con sus comunicaciones interrumpidas; y si no salía de sus fortificaciones, poderlo sitiarse en Aguanueva. Este proyecto debía verificarse, ó podía de tres maneras: ya marchando por el camino directo en distancia de 20 leguas, ya tomando por la derecha por la Hedionda, á salir á Buenavista; ó dirigiéndose por la izquierda á la Punta de Santa Elena, para ocupar la hacienda de la Baquería y de allí el camino del Saltillo. Estas dos últimas marchas eran irrealizables para el ejército, porque tenían que hacerse tres ó cuatro jornadas, careciendo de víveres, forrajes y agua; así me resolví á ejecutar la operacion por el camino recto, forzar las posiciones, y habiendo pasado el último puesto, hacer una conversion por la izquierda para ocupar el rancho de la Encantada, con el objeto de procurarnos el agua de la que no teníamos ninguna en más de 18 leguas. Todo lo favorecía la ignorancia en que estaba el enemigo acerca de nuestra marcha; pero aun la desgracia nos persiguió en esto: un desertor del regimiento de coraceros nativo del Saltillo, llamado Francisco Valdes, se pasó al enemigo desde la Encarnacion, y le dió parte del movimiento: ¡la execrable traicion de este infame, frustró las mejores combinaciones!

El día 21 mandé que se rompiera la marcha á las 12 del día, tomando la vanguardia los cuatro bata-

liones ligeros á las órdenes del General D. Pedro Ampudia, á quien, así como á otros gefes que están sumariados por los sucesos de Monterrey, no tuve embarazo en darles parte en estas jornadas, ya porque los he supuesto inculpables, y también cediendo al ardoroso empeño con que se manifestaron dispuestos. A esta brigada siguió una de artillería de piezas de á 16 con el regimiento de Ingenieros y su tren: después el parque correspondiente y el regimiento de Húsares: en seguida la primera division al mando del General D. Manuel Lombardini, con otras cuatro piezas de á 12 y el parque: continuaba la segunda division al mando del General D. Francisco Pacheco con cuatro piezas de á 8 y su parque: venía después toda la caballería á las órdenes del General D. Julián Juvera, detrás el parque general restante y los rancheros, cubriendo la retaguardia una brigada de caballería al mando del General D. Manuel Andrade.

En este orden de marcha debía hacer el ejército las primeras 14 leguas que hay desde la Encarnacion á un campo que se llama de la guerra, el cual está situado delante del primer desfiladero conocido por el Puerto de Piñones. En este campo se pasaría el resto de la noche en el mismo orden de columna; la tropa había comido el rancho, y dí la orden de que se proveyesen las caramañolas de agua, puesto que no la encontrarían sino hasta el día siguiente después de haber vencido al enemigo en Aguanueva, tres leguas más adelante del referido Puerto de Piñones: yo con mi estado mayor y la brigada de Ingenieros, ocupé la vanguardia un po-

co detrás de las tropas ligeras. Llegado al campo de la Guerra, continué la marcha para pasar el desfiladero de Piñones, lo cual ejecutado, hice que la brigada ligera tomase posicion en el puerto del Carnero, en donde la tiroteó alguna de las avanzadas del enemigo: en esta disposicion pasamos la noche.

Al amanecer del 22 continuó el ejército su marcha, en la persuasion de que tomaríamos á viva fuerza el puerto de Aguanueva, que creía fuese defendido por el enemigo; mas con sorpresa ví que estaba abandonado: entendí, pues, que las fuerzas americanas se habían retirado á sus fortificaciones en la hacienda para concentrar todas sus fuerzas al abrigo de los campos retrincherados, que estaba informado tenían construidos á la inmediacion, lo que en efecto era cierto respecto de uno: bajo ese concepto seguía la marcha para tomar por la izquierda, y dirigirla para el rancho de la Encantada, que según dije antes, está sobre el camino del Saltillo, interpuesto entre esta ciudad y Aguanueva á unas cuatro ó cinco leguas de distancia de ambos puntos. Hasta entonces nadie se me había presentado, ni lo hizo después persona alguna, á excepcion de un mozo de Aguanueva, que me refirió había evacuado el enemigo su posicion desde el día anterior con direccion al Saltillo, y que en esa misma mañana quedó enteramente desocupada la hacienda, retirándose una corta fuerza que escoltaba gran cantidad de parque; con este movimiento quedaron sin efecto mis primeras disposiciones y proyectos que se fundaban en la resistencia que me habian de oponer; mas todavía no desesperancé de tener éxito, porque anticipada-

mente tenía prevenido al General D. José V. Miñón, para que con la brigada de caballería á su mando, fuerte de mil doscientos hombres, estuviese situado en la mañana del 22 en la hacienda de Buenavista, á tres leguas cortas del Saltilo. Esta fuerza detendría la marcha del enemigo, ó cuando menos lo pondría en expectativa, dándose lugar á que llegase la del ejército: por lo mismo, se continuó el movimiento sin detenerse otro tiempo que el necesario para beber agua sobre el camino. La brigada ligera avistó la retaguardia de los americanos, y mandé que cargase en unión del regimiento de Húsares, puesto que debía creer iba en una marcha muy precipitada, porque en la carretera quedaban algunos de sus enseres, tales como carros, atalages, útiles de fragua, ruedas de respeto y otros diversos objetos que se fueron recogiendo.

En consecuencia de los diferentes partes que recibía, providencié que avanzase la caballería, porque creí poder dar un alcance á la retaguardia, poniéndome yo á la cabeza de toda esa tropa.

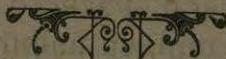
Llegado que hube á un parage que se llama la Angostura encontré que el grueso del enemigo aguardaba en posicion. El camino desde el Puerto de Piñones al Saltillo, corre entre dos cadenas de montañas que forman este desfiladero, el del Carnero y el de Aguanueva: se ensanchan desde esta hacienda y vuelven á estrecharse en la Angostura, donde torna el camino hacia la derecha: en esta localidad hay una sucesion de lomas transversales á la ruta, y entre estas existen barrancas que llevan las aguas de la serranía de la derecha, las cuales son más ó me-

nos transitables, pero todas muy difíciles. La posicion enemiga estaba delante y detrás del camino: su derecha y el frente se hallaban cubiertos por una porcion de barrancas intransitables aun para la infantería; en el punto más culminante tenían situada una batería de cuatro piezas: sobre la loma se veian formados los batallones con otras dos baterías, una de estas quedaba colocada en la parte baja del camino entre dos lomas, y en todo me pareció haber visto sobre ocho mil hombres con más de veinte piezas, que los prisioneros enemigos fijaron en veinte y seis y en más de ocho mil los combatientes.

Reconocí la posicion y situacion del enemigo; mandé que lo verificase igualmente el Exmo. Sr. director de ingenieros General D. Ignacio de Mora y Villamil, y cerciorado de lo fuerte que se hallaba el invasor, me fué preciso detenerme para aguardar la infantería, tomar posicion, ó combatir según fuese necesario. En este intervalo advertí que una altura por su flanco izquierdo había descuidado ocuparla: sin pérdida de momento dispuse que la brigada de tropas ligeras al mando del general Ampudia se situase en ella, y la conservara á toda costa.

A medida que las brigadas iban llegando, las situaba en dos lineas en una loma que daba frente á la del enemigo, quedando otra loma intermedia entre nuestras posiciones, la 1.^a division de infantería al mando del general Lombardini, y la 2.^a de la misma arma, al del general Pacheco. Dispuse que el general Mora y Villamil, en union del Comandante general de artillería D. Antonio Corona, situase una batería de piezas de á 16 sostenida por el regimien-

to de Ingenieros, cuya colocacion rectificué. Otras dos baterías de piezas de á 12 y de á 8, las demarqué yo mismo. La caballería al mando del general Juvera quedó á la retaguardia por la derecha, y en el flanco izquierdo también á retaguardia, el regimiento de Húsares: en este mismo flanco habia una altura que mandé ocupar por el batallón de León. El parque general á retaguardia cubierto por la brigada del general Andrade, y entre este parque y las lineas de batalla, se situó mi cuartel. Estas disposiciones, como debe suponerse, tardaron en ser ejecutadas, porque las tropas llegaban á sus posiciones después de una marcha de más de 20 leguas. No era, pues, hora de combatir, y quedó el ejército sobre las armas, siendo de advertirse que tan luego como el enemigo conoció que se ocupaba la altura que estaba á su flanco izquierdo y derecho nuestro, destacó dos batallones para desalojarnos, lo cual dió lugar á un reñido combate que duró toda la tarde hasta después de oscurecer, en el cual fué rechazado, sufriendo una pérdida como de cuatrocientos hombres, según declaracion de los prisioneros: la nuestra fué mucho menor, atendido que ocupábamos el lugar más ventajoso.



CAPITULO 19º

SUMARIO.

Detall de las acciones dadas en los campos de Angostura.—Segunda parte.—Batalla del día 23.—El ejército mexicano se retira á Aguanueva.—Junta de guerra en la que el General Santa-Anna consulta á los oficiales generales lo que debe hacerse.—Todos opinan que debe seguirse la retirada hasta San Luis Potosí.—La miseria y los heridos en Aguanueva.—El día 26 se emprende la marcha.—Desorden en que regresaron las brigadas del Ejército.—Número á que quedó éste reducido.

Al amanecer del día 23 monté á caballo: el enemigo no había variado su anterior disposicion y estaba prevenido para recibirnos: solo advertí una diferencia, y fué que por su derecha y bastante lejos de la posicion, tenía formados en batalla dos cuerpos de infantería y una batería de cuatro piezas, como con el intento de amenazar nuestro flanco izquierdo; pero esto desde luego conceptué que era llamamiento falso, porque nunca hubiera dejado á su retaguardia el accidente del terreno que era lo que puntualmente hacía formidable aquel puesto,